

“Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás.”

(Lucas 11, 29-32)

Jesús era conocido y apreciado por sus numerosos milagros y por ser un gran predicador. Su presencia no pasaba desapercibida y la multitud le seguía por doquier. Muchos le reconocían como el Salvador y el Mesías esperado. Pero los fariseos y maestros de la ley necesitaban algo más. Querían que Jesús confirmara con signos extraordinarios sus propias teorías. Jesús no entra en el juego... Aquellos “especialistas en la religión judía” no eran capaces de salir de sus ideas para aceptar las evidencias que el pueblo sencillo sí reconocía.

¡Cuántas veces buscamos la voluntad de Dios esperando signos extraordinarios! Jesús nos invita a leer la historia cotidiana como signo privilegiado de lo que Dios quiere en nuestras vidas. El Dios encarnado en Jesús de Nazaret no es un Dios “espectacular”. Se revela en los acontecimientos y en las personas con quienes forjamos nuestra historia diaria.

Llama la atención cómo no duda en llamar “*generación perversa*” a quienes reclaman que confirme con signos extraordinarios su doctrina. ¿Dónde está la perversión de aquella generación? Probablemente en que la exigencia de nuevos signos no estaba orientada a aceptar la Buena Nueva sino a justificar y mantener sus visiones y su modo de vivir la religión, a buscar la desautorización pública de Jesús de Nazaret. Ante tal actitud, no hay signo que resulte suficiente. Cuando el corazón se cierra, no hay lugar para la razón.

El seguimiento reclama una actitud de fe (*fidere*) sin más asidero que la confianza que nos suscita la persona de Jesús de Nazaret. Una confianza que se traduce en una capacidad de dejarse cuestionar y de cambiar todo aquello que se aleje del proyecto del Reino.

Reflexionar este texto en clave Hospitalaria nos lleva a revisar nuestras actitudes personales ante las exigencias del discipulado. ¿Somos de los que buscamos mil razones para asumir las exigencias del Reino? También nos ayuda a descubrir que ante el rechazo no cabe inventarnos nada extraordinario para demostrar la validez de la propuesta de vida de Jesús de Nazaret que nutre nuestra identidad Hospitalaria. La vivencia comprometida será la mejor manera de anunciar y denunciar.

